

mal, imaginándome que Melchor no la habia dado sino por alegrar la conversacion. Pero no tenia yo noticia de aquel sabio: era un hombre que no entendia de burlas, y así dijo con grande seriedad:—Rian ustedes cuanto les diere gana, que yo siempre sostendré que lo que debe hacer mas impresion en el espectador, lo que debe interesarle y suspenderle mas, es el viento. Y si no, figúrense ustedes un numeroso ejército unido precisamente para ir á sitiar á Troya. Consideren la impaciencia de capitanes y soldados por emprender y concluir aquel sitio, y restituirse cuanto antes á la Grecia, en donde habian dejado todo lo que mas amaban en este mundo, sus dioses lares, sus mugeres y sus hijos. Levántase de repente un maldito viento contrario que los detiene en Aulida, y los tiene como clavados en aquel puerto, tanto, que mientras no se mude no les es posible ir á sitiar la ciudad de Priamo. Pues este viento es el que forma el interes de la tragedia. Yo me declaro á favor de los griegos, porque apruebo su designio, y solo deseo la partida de su flota, mirando con indiferencia Ifigenia en peligro, pues que su muerte es un medio para obtener de los dioses un viento favorable.

Cuando Villegas acabó de hablar, se renovaron las carcajadas á su costa. Fingió Nuñez apoyar socarronamente aquella ridícula opinion, solo por dar materia de burla á los zumbones, los cuales se divirtieron diciendo mil graciosísimas chufletas sobre los vientos. Pero el bachiller, mirándolos á todos con aire flemático y orgulloso, los trató de ignorantes y gente vulgar. Yo estaba temiendo á cada momento que se agarrasen y se diesen de mojicones estos botarates, que es el término ordinario de sus disputas; pero fué vano mi temor, porque todo se redujo á llenarse recíprocamente de desvergüenzas, y se retiraron depues de haber comido y bebido á discrecion.

Luego que se marcharon, pregunté á Fabricio por qué no vivia en casa del tesorero, y si acaso habia ocurrido alguna desavenencia entre los dos.—¿Desavenencia? me respondió, dios me libre de ello: nunca ha estado en mayor auge mi estimacion con Don Beltran. Supliquéle me permitiese vivir en casa separada, y alquilé en ésta el cuarto que ves para gozar de mayor libertad. Aquí recibo á mis amigos, que me vienen á ver con frecuencia, y lo paso alegremente con ellos, porque ya sabes que mi genio no es muy inclinado á dejar grandes riquezas á mis herederos. Mi mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los dias á mi mesa buena compañía sin peligro de arruinarme.—Me alegro infinito, querido Nuñez, le repliqué, y no puedo menos de repetirte mil parabienes por el écsito de tu última tragedia. Las ochocientas composiciones dramáticas del gran Lope de Vega, no le valieron la cuarta parte de lo que te ha valido á tí tu *Conde de Saldaña*.



LIBRO DUODECIMO.

CAPÍTULO I.

Envia el ministro á Toledo á Gil Blas: motivo y écsito de su viage.



ACIA ya cerca de un mes que S. E. me repetia todos los dias:—Santillana, va llegando el tiempo en que quiero emplear tu talento y tu destreza; pero este tiempo nunca acababa de venir. Llegó en fin, y S. E. me habló en estos términos:—Se dice que hay en la compañía de cómicos de Toledo una actriz muy celebrada por su habilidad: se asegura que baila y canta divinamente, que arrebata á los espectadores cuando representa; y se añade tambien que es muy hermosa. Una persona tan recomendable es digna de venir á representar en la corte. Al rey le gustan las comedias, la música y el baile, y no le desagrada la hermosura. No me parece razon que S. M. carezca del placer de ver y oír á una muger de tanto mérito. Por esto he resuelto enviarte á Toledo, para que juzgues por tí mismo si esa actriz es tan peregrina; yo me atenderé desde luego á la impresion que cause en tí, y me fio enteramente en tu discernimiento.

Respondí á S. E. que esperaba dar buena cuenta de aquella comision; y desde luego emprendí mi viage, acompañado de un lacayo, á quien hice dejar la librea del ministro para desempeñar mi encargo con mayor secreto; precaucion que agradó á S. E. Tomé, pues, el camino de Toledo, en donde me apeé en un meson inmediato al alcázar. No bien me habia apeado, cuando el mesonero, teniéndome sin duda por algun ca-

ballero de las cercanías, me dijo:—Naturalmente vendrá V. S. á ver la augusta ceremonia del auto de fe que se celebra mañana en Toledo. Yo, que nada sabia del auto, le respondí inmediatamente que sí, para ocultar mejor mi designio, y cortarle la gana de preguntarme mas sobre el fin que llevaba á aquella ciudad.—Verá V. S. prosiguió él, una de las mas escelentes procesiones que jamas se han visto; pues hay, segun se dice, mas de cien penitenciados, entre los cuales pasan de diez los que han de ser quemados.

Con efecto, el dia siguiente antes de salir el sol oí tocar todas las campanas de la ciudad, en señal de que iba á darse principio al auto de fe. Con la curiosidad de ver esta ceremonia me vestí aceleradamente, y me encaminé hácia la Inquisicion. Habia allí cerca, y de trecho en trecho por donde habia de pasar la procesion, tablados altos, en uno de los cuales me coloqué por mi dinero. Iban primero los padres dominicos, precedidos del estandarte de la fe, ó pendon del santo tribunal. Tras de dichos religiosos venian los reos con sus capotillos ó especie de escapularios de tela amarilla, formada en ellos por la parte anterior y posterior el aspa de San Andres de tela roja, llamada *sambenito*, y todos con corazas en la cabeza, con llamas pintadas las de los condenados á la hoguera, y sin ellas las de los otros de menor pena.

Miraba yo á todos aquellos infelices con la compasion que no se puede negar á la humanidad, cuando creí descubrir entre los encorizados sin llamas al reverendo padre Hilario y á su compañero el hermano Ambrosio. Pasaron tan cerca de mí, que no pude equivocarme.—¡Qué es lo que estoy viendo! dije entre mí mismo, el cielo cansado de los excesos de estos dos malvados, los ha entregado á la justicia de la Inquisicion. Hablando conmigo de esta suerte, me sentí aterrorizado, se apoderó de mí un temblor universal, y mi ánimo se turbó en términos que temí caer desmayado. Las relaciones que yo habia tenido con aquellos bribones, la aventura de Chelva, y en fin todo lo que habiamos hecho juntos, acudió en aquel momento á representarse á mi imaginacion; y creí que no podia dar suficientes gracias á Dios de haberme preservado del *sambenito* y de la coraza.

Acabada la ceremonia, me restituí al meson temblando por el terrible espectáculo que acababa de ver; pero las tristes ideas de que tenia lleno el ánimo se disiparon insensiblemente, y solo pensé en desempeñar con acierto la comision que me habia encargado mi amo. Esperé con impaciencia la hora de la comedia para ir á ella, pareciéndome que este era el primer paso que debia dar. Llegada que fué, me dirigí al teatro, donde casualmente me senté junto á un caballero del hábito de Alcántara, con quien entablé luego conversacion, y le dije si daba licencia á



un forastero para hacerle una pregunta.—Caballero, me respondió muy atentamente, vd. me honrará en ello.—He oido ponderar, proseguí, á los cómicos de Toledo, ¿me habrán engañado?—No, me respondió el caballero, la compañía no es mala, y á la verdad hay en ella dos papeles excelentes. Entre otros oirá vd. á la bella Lucrecia, actriz de catorce años, que le pasmará.—No será menester que yo se la muestre á vd. cuando se deje ver en la escena, porque la distinguirá fácilmente.—Volvíle á preguntar si representaria aquella tarde: me respondió que sí, y aunque tenia un papel de mucho lucimiento en la pieza que se iba á representar.

Principió la comedia, y aparecieron en la escena dos actrices que nada habian omitido de cuanto pudiera contribuir á hacerlas encantadoras; pero á pesar del brillo de sus diamantes, ni una ni otra me parecieron ser la que yo esperaba. En fin, dejóse ver Lucrecia en el fondo del teatro, y su aproximacion á la escena fué anunciada con un palmeteo general.—¡Ah! esta es, dije para mí; ¡qué aire tan noble! ¡qué talle! ¡qué hermosos ojos! ¡qué salada criatura! Con efecto me llenó completamente, ó por mejor decir, su persona me dejó absorto. Desde los primeros versos que recitó conocí que tenia naturalidad, fuego, maestría superior á su edad, y reuní voluntariamente mis aplausos á los universales que le tributó el concurso en todo el tiempo que duró la representacion.—Y bien, me dijo entonces el caballero, ya ve vd. la justicia que hace el público á Lucrecia.—No me admiro, le respondí.—Pues menos se admiraria vd., me replicó, si la oyera cantar: es verdaderamente una sirena: pobres de aquellos que la oyen, si no se precaven tapándose los oidos para no quedar encantados. No es menos temible cuando baila; sus pasos son tan peligrosos como su voz; hechizan los ojos y cautivan el corazon.—Segun eso, exclamé yo entonces, será preciso confesar que esta niña es un portento. ¿Y quién es el mortal venturoso que tiene la dicha de arruinarse por una criatura tan preciosa? No tiene ningun amante que se sepa, me dijo, y aun la murmuracion no le atribuye ninguna amistad secreta: no obstante, añadió, acaso pudiera tenerla, porque Lucrecia está bajo la vigilancia de su tia Estela, que sin disputa es la mas astuta de todas las cómicas.

Al oír el nombre de Estela, pregunté con precipitacion al tal caballero si aquella Estela era actriz de la compañía de Toledo.—Y de las mejores, me replicó: hoy no ha representado, y en verdad que no hemos perdido poco. Por lo comun hace el papel de graciosa, y verdaderamente lo desempeña que es un primor. ¡Qué espresion dá á sus papeles! Tal vez les añade algo de su invencion; pero este es un hermoso defecto que le hace gracia. Contóme otras mil maravillas de la tal Estela, y por el retrato

que me hizo de su persona, no dudé fuese Laura, aquella misma que dejé en Granada, y de quien he hablado tanto en mi historia.

Para cerciorarme, me fuí derecho al vestuario concluida la comedia. Pregunté por la Señora Estela, y volviendo los ojos á todas partes, la ví sentada al brasero en conversacion con algunos señores, que quizá no la obsequiaban sino porque era tia de Lucrecia. Llegué á saludar á Laura, y fuese por capricho, ó por vengarse de mi precipitada fuga de Granada, fingió no conocerme, y recibió mi saludo con tanta sequedad, que me dejó un poco parado. En lugar de reconvenirle con risa su frio recibimiento, fuí tan simple que mostré formalizarme, y aun me retiré incomodado, resuelto en aquel primer impulso de cólera á volverme á Madrid el dia siguiente. Para vengarme de Laura, decia yo, no quiero que su sobrina tenga el honor de representar delante del rey: para esto, no tengo mas que hacer al ministro el retrato que se me antoje de Lucrecia; y me bastará decirle que baila con poco garbo, que su voz es áspera, y que toda su gracia consiste en sus pocos años: estoy seguro que desde luego se le pasará á S. E. la gana de hacerla ir á la corte.

Esta era la venganza que pensaba tomar del desaire que Laura me habia hecho; pero duró poco mi resentimiento. La mañana siguiente, cuando me estaba disponiendo á marchar, entró un lacayuelo en mi cuarto, y me dijo:—Aquí traigo un billete, que tengo que entregar al Señor de Santillana.—Yo soy, hijo mio, le dije, tomándole la carta que abrí, y que contenia estas palabras:—*Olvida el modo con que ayer te recibí en el teatro, y ven con el portador á donde él te guie.* Seguí luego al lacayuelo, que me llevó á una casa muy decente, no distante del teatro, y me introdujo en un cuarto alhajado con aseo y buen gusto, donde encontré á Laura en su tocador.

Se levantó para abrazarme, diciendo:—Señor Gil Blas, conozco que vd. tuvo motivo para salir ayer poco contento del recibimiento que le hice cuando fué á saludarme en el vestuario: un antiguo amigo tenia derecho para esperar de mí una acogida mas afable: no tengo otra disculpa sino que me hallaba á la sazón de malísimo humor, por haber oido ciertos dichos malignos que algunos de los señores cómicos tenian sobre la conducta de mi sobrina, cuya honra me importa mas que la mia. La precipitada y desabrida retirada de vd. me hizo volver al momento de mi distraccion, y en el mismo punto dí orden á mi lacayo para que siguiese á vd. y averiguase su posada, con ánimo de reparar hoy mi falta.—Ya queda, le dije, enteramente reparada, mi querida Laura; no hablemos mas de eso: ahora enterémonos mutuamente de lo que nos ha sucedido desde el malaventurado dia en que el temor de un justo castigo me obligó á salir tan aceleradamente de Granada. Te dejé, si te

acuerdas, metida en un grande embrollo. ¿Cómo saliste de él? ¿No es verdad que necesitaste de toda tu maestría para apaciguar á tu amante portugues?—Nada de eso, respondió Laura; ¿pues no sabes que en semejantes lances los hombres son tan débiles que ellos mismos ahorran á veces á las mugeres hasta el trabajo de justificarse?

—Sostuve, continuó ella, al marques de Marialba, que eras hermano mio. Perdona vd., Señor de Santillana, que le hable con la familiaridad que en otro tiempo, porque no puedo desprenderme de las costumbres añejas. Diréte, pues, que le hablé con desembarazo y entereza.—¿No conoce vd., le dije al señor portugues, que todo eso es obra de los zelos y de la indignacion? Narcisa, mi compañera y rival, colérica de ver que yo poseo pacíficamente un corazon que ella ha perdido, forjó todo ese embuste. Cohechó al sotadespabilador del teatro, quien para apoyar su resentimiento, tuvo el descaro de decir que me habia visto en Madrid sirviendo á Arsenia. Nada hay mas falso: la viuda de Don Antonio Coello ha tenido siempre pensamientos demasiado nobles para quererse someter á ser criada de una cómica. Fuera de esto, otra patente prueba de la falsedad de esta imputacion, y de la conspiracion de mis acusadores, es la precipitada fuga de mi hermano, que si estuviera presente dejaria sin duda bien confundida la calumnia; pero Narcisa ciertamente habrá empleado algun nuevo artificio para hacerle desaparecer.

—Aunque estas razones, prosiguió Laura, no bastasen para hacer mi completa apología, el marques tuvo la bondad de contentarse con ellas; tanto que el cándido señor prosiguió amándome hasta el dia en que dejó á Granada para volverse á Portugal. En verdad su partida fué muy inmediata á la tuya, y la muger de Zapata tuvo el consuelo de verme perder el amante que yo le habia quitado. Permanecí todavía despues algunos años en Granada; pero habiéndose introducido en la compañía disensiones, como frecuentemente sucede entre nosotros, todos los cómicos se separaron: unos marcharon á Sevilla, otros á Córdoba, y yo me vine á Toledo, donde estoy hace diez años con mi sobrina Lucrecia, á quien ayer oiste representar, puesto que estuvistes en la comedia.

No pude dejar de reirme al llegar aquí. Laura me preguntó de qué me reia.—¿Pues qué, no lo adivinas? le respondí: tú no tienes hermano ni hermana; por consiguiente no puedes ser tia de Lucrecia. Ademas de eso, cuando cotejo el tiempo que ha que nos separamos, con la edad que representa Lucrecia, me parece que puede ser algo mas estrecho el parentesco entre vosotras dos.

—Ya le entiendo á vd., Señor Gil Blas, replicó algo sonrojada la viuda de Don Antonio Coello: como vd. tiene tan presentes los tiempos,

no hay medio de engañarle.—Ahora bien, amigo mio, Lucrecia es hija mia y del marques de Marialba, y el fruto de nuestro trato, porque no quiero ocultarte mas esta verdad.—Vaya, reina mia, repliqué yo, que es grande el esfuerzo que haces en revelarme este secreto, despues que me confiaste tus aventuras con el administrador del hospital de Zamora.—Como quiera que sea, yo te aseguro que Lucrecia es una niña de tanto mérito, que el público jamas podrá agradecerte como debe, el regalo que le hiciste en ella. ¡Ojalá fueran como éste todos los regalos que le hacen tus compañeras y amigas!

Quién sabe si algun lector ladino al llegar aquí, se acordará de las secretas conversaciones que Laura y yo tuvimos en Granada cuando era secretario del marques de Marialba, y se le antojará sospechar que podia yo tener algun derecho para disputar al marques la paternidad de Lucrecia: le protesto por mi honor que seria injusta su sospecha.

Dí en seguida á Laura cuenta de mis aventuras, hasta el estado actual de mis asuntos. Oyóme con una atencion que mostraba bien no serle indiferente lo que le decia.—Amigo Santillana, me dijo luego que acabé, veo que representas un papel brillante en el teatro del mundo, y no alcanzo á manifestarte lo mucho que me complazco en ello. Cuando yo lleve á Madrid á Lucrecia para colocarla en la compañía del Príncipe, me atrevo á lisongearme de que hallará en el señor de Santillana un poderoso protector.—No lo dudes, le respondí: cuenta conmigo, que haré admitir á tu hija en la compañía del Príncipe cuando quieras; esto puedo prometértelo sin hacer alarde de mi poder.—Desde luego te cogeria la palabra, replicó Laura, y mañana mismo marcharia á Madrid, si no estuviera escriturada en esta compañía.—Esa escritura la anula una real orden, le respondí: yo me encargo de ella, y la recibirás antes de ocho dias. Tendré gran placer en robarles á los Toledanos tu Lucrecia: una actriz tan linda ha nacido para los cortesanos, y nos pertenece de derecho.

Á este tiempo entró Lucrecia en el cuarto. Creí ver á la diosa Hebé¹; tanta era su gracia y su lindeza: acababa de levantarse, y luciendo su hermosura natural sin los ausilios del arte, presentaba á mi vista un objeto encantador.—Ven, sobrina mia, le dijo su madre, ven á agradecer á este señor la buena voluntad que nos tiene. Es uno de mis amigos antiguos, que tiene gran valimiento en la corte, y está empeñado en colocarnos á ambas en la compañía del Príncipe. De esto mostró alegría la niña, que me hizo una profunda cortesía, y me dijo con una sonrisa embelesadora:—Doy á vd. muy humildes gracias por su benévola inten-

¹ Hebé era la diosa de la juventud y de las gracias, y en el cielo se ocupaba en servir el néctar en copas de oro á los dioses, como se ha dicho en la nota del libro primero. capítulo quinto.



cion; pero al quererme separar de un público que me estima, ¿está vd. seguro de que no desagradaré al de Madrid? Tal vez perderé en el cambio; porque muchas veces he oido decir á mi tia haber conocido actores muy aplaudidos en una ciudad y silbados en otra, lo cual me sobresalta: tema vd. esponerme al desprecio de la corte, y esponerse á sí mismo á sufrir sus reconvenciones.—Hermosa Lucrecia, le respondí, eso es lo que ni uno ni otro debemos temer; antes bien lo único que temo es: que vd. encienda una guerra civil entre los grandes, enamorándolos á todos.—El sobresalto de mi sobrina, me dijo Laura, me parece mejor fundado que el de vd.; pero bien considerado, ambos los tengo por vanos. Si Lucrecia no puede llamar la atencion pública por sus atractivos, en recompensa no es tan mala actriz que deba ser despreciada.

Siguió todavía algun tiempo la conversacion, y pude advertir por la parte que tomó Lucrecia en ella, que era una jóven de extraordinario talento. En seguida me despedí de las dos, asegurándoles que inmediatamente recibirian orden de la corte para ir á Madrid.

